

La “smart city” o la “cité radieuse” en la era digital¹

¿Smart city o “smart ficción”? La smart city no es un concepto sino un eslogan. Y su éxito no se debe a ninguna “revolución digital” -una más en la “marcha del progreso”-, sino a la convergencia y la interacción de los cuatro procesos que modelan el capitalismo contemporáneo: la financiarización, la flexibilización, la transnacionalización y la tecnologización. Lejos de anunciar el advenimiento del “mejor de los mundos” urbanos, la promoción de la smart city que hacen los servidores del capitalismo tecnológico (responsables políticos, ingenieros, urbanistas, arquitectos, investigadores en ciencias sociales y otros “comunicadores”) no hará sino contribuir a llevar al paroxismo la deshumanización de la vida social... y del propio ser humano.

Antes de empezar, tengo que precisar que mi posición teórico-política acerca de la “smart city” es discrepante con la ideología cientificista y tecnocrática que prevalece en el mundo académico en relación con este asunto. Mis hipótesis y conclusiones sobre el advenimiento de la “ciudad inteligente” van totalmente en contra de las de muchos investigadores que confunden conocimiento con publicidad o, incluso, con propaganda. Estos estudiosos comparten con los dueños de las grandes empresas transnacionales del sector de las TIC una misma visión optimista sobre los benéficos efectos que supondrán para la humanidad el cruce entre “globalización” de la economía e “innovación” tecnológica; una visión que supuestamente plasmará «el ideal de la cosmópolis como una ambición de ciudadanía universal».²

En el año 1863, el famoso novelista francés Jules Verne, que tenía entonces 22 años, escribió un libro que no sería publicado hasta casi un siglo más tarde, en 1994: *París en el siglo XX*. Ahora bien, el París de 1960 que describe

Jean-Pierre Garnier es sociólogo urbano. Los temas centrales de su extensa y original obra aparecen reflejados en el libro editado por Rosa Tello: *Jean-Pierre Garnier. Un sociólogo urbano a contracorriente* (Icaria, 2017)

¹ Este texto fue preparado por el autor para una charla-debate, organizada por el Observatori d'Antropologia del conflicte Urbà y el Departamento de Antropología Social de la Universidad de Barcelona, que tuvo lugar en la Facultad de Geografía de dicha Universidad el día 29 de noviembre de 2018.

² H. Capel, *La cosmópolis y la ciudad*, Ed. del Serbal, Barcelona, 2003.

esa novela se parece mucho al París de la época del autor, quien estaba lejos de imaginar un futuro profundamente diferente de la realidad de su tiempo. El héroe de esta novela, casi un *alter ego* del propio Verne, entiende que esta ciudad, ya convertida en una metrópoli, presenta un desarrollo urbano hipertrofiado. Su enfoque es pesimista, incluso desesperanzado. La sociedad parisiense aparece regida por dos únicos principios: la tecnología, materializada por las redes de transporte y de electricidad, y las finanzas. El resto es despreciado. Verne imagina que los humanos-máquina trabajarán en oficinas kafkianas y que la única ideología del hombre moderno será la ganancia. A través de la mirada irónica de su personaje principal, Verne hace una crítica de la sociedad de su época y de épocas posteriores, una sociedad que avanza en la enajenación del individuo y en una vigilancia total llevada a cabo por las máquinas. En el París de 1960 imaginado por Verne, los robots no sólo detienen a los ladrones en los bancos, sino que también pronuncian la sentencia judicial y la ejecutan.

Esta anticipación –no se puede hablar de ciencia-ficción ya que este término importado de los EEUU no aparecerá hasta el año 1926– nos proyecta directamente en el modelo de ciudad o más bien de urbanización que se presenta hoy en día como el logro mayor de la civilización urbana contemporánea: la “*smart city*”.

Junto a la mirada oscura de Jules Verne, no debemos olvidar el nombre de un hombre que, posteriormente, propuso una visión del futuro urbano optimista –por no decir eufórica, a pesar de ser una de las más frías imágenes de la “ciudad del mañana”– y que, en muchos aspectos, anunciaba la aparición de la *smart city*. Estoy hablando de Le Corbusier y su “ciudad radiante”.

Hay que recordar a este respecto que Le Corbusier fue un verdadero fascista, sin comillas ni arrepentimiento, tanto en lo que respecta a sus opiniones como a sus amistades, y que así lo demuestran tres libros publicados para “celebrar” el cincuentenario de su muerte.³ Fue el ideólogo del *modulor*, del “hombre estándar” (183 centímetros de altura o 226 centímetros con el brazo levantado), una mezcla de robot y de número, para el que dibujó sus “máquinas de habitar” combinadas en “unidades de vivienda de tamaño compatible”. Fue también el arquitecto de referencia de estalinistas y gaullistas, de dictadores y demócratas, y de toda una generación de urbanistas que, en Francia como en el mundo entero, emergió después de la derrota de los fascismos políticos. Y es que, de hecho, estalinistas y republicanos, más allá de sus guerras por el poder estatal, compartían el mismo ideal tecnocrático del urbanismo funcionalista. Todos ellos se inscribían con fervor en este movimiento tecno-totalitario del cual la *smart city* es el culmen: el hombre-máquina en su “máquina de habitar”, trasuntan una ciudad-máquina, en un mundo-máquina; el hombre como conjunto

³ F. Chaslin, *Un Corbusier*, Paris, Seuil, coll. Fiction & Cie, 2015; Xavier de Jarcy, *Le Corbusier. Un fascisme français*, Paris, Albin Michel, 2015; Marc Perelman, *Le Corbusier. Une froide vision du monde*, Paris, Michalon, 2015 (en castellano: *Le Corbusier. Una fría visión del mundo*, Virus editorial, 2018).

de datos numéricos cuya vida –si se puede aún usar este término para definir su existencia mecanizada– está guiada por un acompañamiento algorítmico.

La *smart city* es el culmen de un movimiento tecno-totalitario: el hombre-máquina en su "máquina de habitar", trasuntan una ciudad-máquina, en un mundo-máquina; el hombre como conjunto de datos numéricos cuya vida está guiada por un acompañamiento algorítmico.

Es este ideal el que están recuperando los dueños de Silicon Valley y toda la casta de ingenieros que planifican la "ciudad del mañana". En California, en China, en París, en Barcelona y en cualquiera parte del mundo, surge la *smart city*, la versión 2.0 de la policía urbanística, de la organización optimizada del orden público al servicio de los poderes privados –del llamado "partenariado público-privado" –; esa "ciudad inteligente" plagada de sensores, atravesada por "flujos", por "redes", por "virtualidades" innumerables, y poblada por cretinos "conectados y aumentados" que toquetan febrilmente los teclados o pantallas táctiles de sus ordenadores, *tablets* o *iphones* para no perder el contacto con lo que creen que es la realidad. No es que lo real vaya a desaparecer, sino que se modula continuamente con vistas a satisfacer las "preferencias" del usuario, haciéndole perder el sentido de los límites por la ilusión de omnipotencia que da el manejo compulsivo de sus prótesis electrónicas.

Antes de exponer las causas de la aparición de la *smart city* (aparición en los dos sentidos de la palabra: el físico y el religioso) y de su promoción, hay que señalar la dificultad de hablar de esta sin recurrir al vocabulario que sirve para celebrarla, ya sea abiertamente publicitario o pseudo-científico. Sabemos, en efecto, que las palabras del poder –dialécticamente vinculadas con el poder de las palabras– rara vez son inocentes.⁴ Y las que acompañan las políticas urbanas actuales no escapan a esta regla. Constituyen toda una *novolengua* (neologismo forjado por el periodista y escritor Georges Orwell en su libro *1984* para definir un lenguaje totalitario innovador que prohibía cualquier pensamiento crítico con respecto al poder establecido); una *novolengua* tecno-metropolitana, para ser más exactos, puesta al servicio del orden urbano, socioeconómico y tecnológico impuesto por las clases dominantes, bien directamente o bien a través de sus apoderados políticos o tecnocráticos. Pobre y repetitivo, este léxico con el que nos bombardean hasta la saciedad no deja de ser un arma de guerra social; una guerra, eso sí, de baja intensidad.

Para llevar a cabo una política urbana que dé prioridad a los intereses privados sin provocar oposiciones populares, es necesario formatear la opinión pública. Es por eso

⁴ P. Bourdieu, *Lenguaje y poder simbólico*, Seuil, 2002

que las palabras empleadas no son solamente descriptivas sino también vigorizadoras: deben suscitar el apoyo y hasta el entusiasmo de la gente. Sin embargo, a diferencia de la propaganda de los regímenes llamados totalitarios (donde la política estaba “en el puesto del mando”, como proclamaban Mao Ze Dong y sus seguidores), la propaganda de las *smart cities* selecciona su vocabulario recurriendo a la técnica o, más bien, a la tecnología como referente último y como garante de eficiencia y de objetividad. Presentado como una segunda naturaleza, lo tecno-científico imprime un sello de la ineluctabilidad sobre las decisiones que se toman. Ya no se trata de gobernar sino de gestionar. Es por eso que a los gestores e ideólogos de la *smart city* les gusta tanto la palabra “gobernanza”, importada –como tantas otras– de los EEUU y sacada del mundo “apolítico” de la empresa.

Lo tecnocientífico imprime un sello de la ineluctabilidad sobre las decisiones que se toman: ya no se trata de gobernar, sino de gestionar. Es por eso que a los gestores e ideólogos de la *smart city* les gusta tanto la palabra “gobernanza”

Así lo decía el “padre” del situacionismo, Guy Debord, en 1988: «ya no se pide a la ciencia entender el mundo o mejorarlo en algo. Se le pide justificar inmediatamente todo lo que se hace». ⁵ ¡Y en tiempo real, se podría añadir! De hecho, a la mayoría de los investigadores en ciencias sociales, ni siquiera se les pasa ya por la cabeza la idea de poner en tela de juicio el carácter científico de los conceptos corrientemente utilizados en su disciplina, empezando por el pseudo-concepto de *smart city*, uno de los últimos inventos lingüísticos que tienden a dar un toque positivo y atractivo a las políticas urbanísticas neo-liberales.

Y no es el único. Para responder a las críticas contra el carácter demasiado tecnicista de la *smart city*, se habla también de “ciudad inclusiva” (esto es, de incluir a los excluidos de los pretendidos beneficios de la mundialización capitalista), de “ciudad frugal” (no reducir el consumo y la producción, sino el despilfarro), “ciudad justa” (luchar contra las desigualdades espaciales, sociales y ambientales), “ciudad sostenible” (tomar en cuenta los objetivos del desarrollo sostenible, entre ellos la disminución de la huella ecológica), “ciudad verde” (preservar o introducir la naturaleza en un entorno artificial) o “ciudad resiliente” (enfrentar con éxito cualquier forma de vulnerabilidad, en particular la vinculada con el cambio climático). De todos ellos, sin embargo, el más apreciado sigue siendo la “ciudad inteligente” (*smart city*), ya que materializa y simboliza la entrada gloriosa del urbanismo en la llamada economía del conocimiento.

⁵ G. Debord, *Commentaires sur la société du spectacle*, Éditions Gérard Lebovici, 1988.

En el tiempo del advenimiento de la *smart city*, el lenguaje básico de los urbanistas y de otros responsables del ordenamiento urbano debe ser, más que nunca, sucinto y, a la vez, infra-teórico. Entiéndase: la acción debe prevalecer sobre la reflexión. A este respecto, vale la pena mencionar, por lo significativa que es, la argumentación que, en el monográfico de una revista dedicado a la *smart city*, despliega el filósofo Marc Chopplet, uno de los más conocidos y también más conformistas (lo uno explica lo otro) profetas franceses del transhumanismo, perfectamente representativo de estos investigadores aficionados al reino de la tecnología.⁶

Según este autor, hace falta salir sin más demora de la fascinación por lo digital para «integrarse en una problemática de acción y de cambio». De cambio en la continuidad capitalista, cabe apuntar, a pesar de la irrupción de la llamada "disrupción" (otro pseudo-concepto en auge entre los adalides de la civilización digital). Para lograr este objetivo, dice Chopplet, hay que centrar el análisis en las diferencias de interpretaciones y definiciones dadas por la traducción del inglés al francés –lo que vale también para el castellano– y aferrarse sólo a las inglesas, es decir, estadounidenses. Marc Chopplet propone (o más bien dispone) apoyarse en el significado dado a la palabra "inteligencia" por el filósofo estadounidense John Dewey (1859-1952), el mayor portavoz de la corriente pragmatista. Dice M. Chopplet que, en los diccionarios de la lengua francesa e incluso en los de otras lenguas europeas –por lo menos antes de la colonización del continente por la ideología neo-liberal procedente del otro lado del Atlántico–, la inteligencia está asociada a «una facultad personal de análisis y de síntesis que está disociada de la acción como el espíritu lo estaría del cuerpo» (¡Parece que Chopplet nunca ha oído hablar del concepto marxiano de *praxis*!). Sin embargo, para Dewey y para el pragmatismo norteamericano, la inteligencia remite a la capacidad para «estimar las posibilidades propias de una situación y actuar en función de esa estimación»: dos capacidades –añado yo– regidas por la lógica de la ganancia. La "ciudad inteligente" se inspiraría en esa última definición, ya que preconiza la "anticipación y estimación" de la "acción posible".

Sin embargo, Chopplet se pregunta si esa imagen de una ciudad dominada por las ciencias del ingeniero no "flirtea" con los imaginarios de la ciencia-ficción en la medida en que ignora lo que pasa en ciertos espacios públicos donde los pobres y los sin techo encuentran refugio, y en que obvia la situación en los barrios populares y los conjuntos de vivienda social, para concentrarse sólo en los *clusters* o los *hubs* asociados a la innovación tecnológica o a la movilidad. Llegado a este punto, el adepto del transhumanismo derriba una puerta abierta (cierto es que no hace falta un cerebro para hacerlo, basta con la espalda). En efecto, la simple observación de la realidad de las ciudades donde la política urbana está

⁶ M. Chopplet, «Smart City: quelle intelligence pour quelle action? Les concepts de John Dewey, scalpels de la ville intelligente», *Quaderni*, vol. 2, núm. 95, 2018.

influenciada por el modelo de la *smart city* nos permite apreciar (muy a pesar de los esfuerzos de los gestores urbanos para invisibilizar la pobreza) que la brecha entre ricos y pobres aumenta de una manera continua, y que estos últimos están muy lejos de haber desaparecido. La *smart city* no se edifica para ellos, trabajadores confinados en la neo-domesticidad de los empleos de servicios, sino para una población de ingenieros, investigadores, cuadros, técnicos, profesores y estudiantes que agotan su materia gris inventando un social-futurismo rentable y exportable, mientras deambulan entre ciencias fundamentales y actividades industriales, talleres de *coworking* y *start-ups* de “economía colaborativa”, concursos de la bicicleta más bonita, compromisos eco-ciudadanos y un poco de *yachting* los domingos en el lago artificial más próximo. Chopplet concluye su artículo con el imperativo de “pensar la democracia” que, según John Dewey, no es un estado que hay que preservar, sino una “construcción renovada sin cesar”; una construcción institucional cuyas bases teóricas –por no decir ideológicas– nunca son sometidas a revisión y, menos aún, puestas en tela de juicio.

Las nuevas tecnologías recomponen el mundo urbano según su propia lógica, que no es otra que la del rendimiento y de la eficiencia, si bien la lógica de la eficiencia viene derivada de la de la ganancia, hoy más poderosa que nunca

Es sabido que la financiarización, aunque depende de flujos inmateriales y volátiles (flexibilización) que ignoran las fronteras estatales (transnacionalización), necesita, sin embargo, de redes y nodos electrónicos (tecnologización) para progresar, lo que sin duda enriquece a los que los controlan. Ahora bien, quizá dejando aparte las sedes fiscales escondidas en los lugares discretos que permiten evitar impuestos (Irlanda, Luxemburgo, islas lejanas y exóticas...), ¿no son esos sectores urbanos calificados como *smart city* los lugares estratégicos donde están ubicadas las sedes sociales de las compañías bancarias y de seguros, las que albergan los estados mayores y los centros de decisión que impulsan las actividades financieras? A pesar de diferenciar desde hace algún tiempo entre la economía financiera, definida como “ficticia”, y la “economía real”, y a pesar de deplorar, como lo hacen los adversarios del neo-liberalismo, el dominio de la primera sobre la segunda, la “economía real” sigue siendo la base de la producción de plusvalía a través de la producción de bienes materiales y del suministro de servicios (transporte, almacenamiento, venta...). Lo más eficiente e innovador que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (en adelante NTICs) han aportado al desarrollo reciente del capitalismo es su papel en la transnacionalización de las cadenas de producción y de valorización del capital. Y los cuarteles generales de las firmas industriales, de las grandes empresas de transporte y de los grupos comerciales están ubicados en estos barrios céntricos o en complejos periféricos ultra-conectados

que simbolizan la realidad de la *smart city*. Por último, en lo que al aspecto financiero de la *smart city* se refiere, no hay que olvidar el papel creciente que desempeña la propia *smart city* como componente del espacio urbano y, por lo tanto, como un sector entre los más lucrativos para las multinacionales de la construcción y de los servicios urbanos. Los medios de comunicación franceses, por ejemplo, han señalado que, en el *Smart City Expo World Congress*, organizado anualmente en Barcelona desde 2011, el argumento de la conectividad gana terreno al del medio ambiente, como muestra el slogan "*Smart is the New Green*". Otra prueba más de la importancia de la *smart city* para los inversores inmobiliarios es esta previsión de la *Consumer Technology Association*, organizadora del "Salón de la electrónica" destinado al gran público: el mercado mundial de las ciudades conectadas debería pasar de 12 mil millones de euros en 2015 a 29 mil millones en el 2020.

Si, por un momento, dejamos de lado la realidad económica de la *smart city* y nos interesamos por sus implicaciones políticas (aunque éstas estén estrechamente vinculadas con la lógica de la ganancia), veremos también que la promesa del filósofo arriba citado de "renovar el sentido cívico y encarnar una e-democracia" gracias a la "revolución digital" es otro cuento para espíritus ingenuos. Los cuatro procesos interrelacionados que caracterizan la evolución actual del capitalismo y que están en el origen mismo de la *smart city* no harán sino acabar de vaciar de significado las palabras "democracia" y "civismo". Según los gestores municipales más innovadores, que están de acuerdo en este punto con los empresarios que les venden sus equipamientos electrónicos, el control de datos posibilitado por las NTICs no deberían servir sólo a la optimización técnica del funcionamiento de la ciudad y de la oferta de servicios urbanos en campos tan diversos como la transición energética, la movilidad, la calidad del aire, etc. El equipamiento digital también facilitaría el surgimiento de una inteligencia colectiva (más bien que una inteligencia artificial) y del civismo digital (*digital civics*) así como la instauración de una relación directa entre el elegido y sus electores (*e-democracy*). Pero, si olvidásemos los discursos apologéticos y observásemos lo que pasa sobre el terreno, nos percataríamos de que lo que en realidad sale reforzado es el carácter formal –por no decir irreal– de la democracia burguesa.

Veamos un ejemplo concreto. Existe en Francia una ciudad conocida desde hace varias décadas por estar en la vanguardia tecnológica: Grenoble. Su fama es debida a que sus sucesivos alcaldes han dado al triplete formado por las industrias avanzadas, la investigación científico-tecnológica y la enseñanza superior una clara prioridad como motor de desarrollo y, a la vez, como imagen de marca. Esto ha sido así hasta el punto que Grenoble había sido ya calificada por los *media* como "ciudad inteligente" antes de que existiera la expresión *smart city*. Hay que decir que la mayoría de las actividades y de la población activa de Grenoble giran en torno de las NTICs (nanotecnologías, biotecnologías, tecnologías de la información y ciencias cognitivas), con la energía nuclear completando el cuadro. La llegada al ayuntamiento en 2014 de un alcalde ecológico-tecnócrata, Éric Piolle, antiguo cuadro

e ingeniero de la firma estadounidense de la electrónica y la informática Hewlett-Packard (H-P), no ha hecho sino acentuar esta vocación tecno-científica de la capital de los Alpes.

En su proyecto «Grenoble, ciudad de mañana», el nuevo alcalde se ha fijado como objetivo materializar el principio de la “porosidad” –o sea la mezcla de individuos– en el marco de reuniones tituladas “fábricas” en las que se invita a una pluralidad de actores a intercambiar sobre un tema previamente discutido en un ámbito académico por un profesor y sus estudiantes, esto es, sobre problemáticas y enfoques ya predeterminados por expertos (y aprendices de expertos) en urbanismo. Por supuesto que, en el marco de estas reuniones, se movilizan instrumentos digitales –manejados normalmente con más destreza por los especialistas que por los ciudadanos a los que estos encuadran– pero sólo como un medio para garantizar la confrontación y el intercambio de ideas y puntos de vista que, como de costumbre, se presentan con un lenguaje pseudocientífico e intimidante que pone a los no profesionales en una posición de inferioridad. Éric Piolle insiste por esta vía en el método del *bottom up* (pedante vocablo en inglés importado, como muchos otros, de los EEUU), o sea en la emergencia de conocimientos e ideas procedentes de los habitantes y usuarios del “terreno”; un terrero labrado, de hecho, por las técnicas municipales de comunicación electrónica para poner a los habitantes en condiciones de aceptación. De este modo, los ciudadanos participan en la “co-construcción” de la “ciudad del mañana”, un término que sirve solamente para tapar la relación asimétrica que se establece realmente entre los poderes públicos y los ciudadanos.

Aprovechando sus lazos con la compañía H-P, el alcalde pretende situar la integralidad de la vida urbana en la era digital, lo que hace de ésta un mercado privilegiado para la firma norteamericana. A este mismo respecto, se puede señalar algo más que confirma el carácter mafioso de la relación del “partenariado” público-privado con el capitalismo tecnológico (y el inmobiliario). Es ampliamente conocido (aunque poco difundido) que este representante de la izquierda “rosa-verde” y su pandilla de colaboradores cercanos han hecho de Grenoble uno de los municipios más corruptos de Francia. Pero eso no impidió que el alcalde inaugurase un costoso modelo de “democracia participativa digital” importado de EEUU para “detener –eso dice él– la crisis de confianza política y cívica”. De ahí que un cómplice suyo, especialista en informática y pagado por la transnacional, fuese reclutado para el gabinete del alcalde para “trabajar sobre la comunicación” y con el objetivo de crear una “relación ciudadana mejorada”. Ya no será necesario organizar “reuniones de concertación” cuya preparación lleva bastante tiempo y que, además, son susceptibles de ser perturbadas (dentro o fuera de los locales que acogen este tipo de farsa ciudadanista) por manifestaciones de oposición a proyectos urbanísticos elaborados sobre un papel en blanco por expertos municipales relacionados con promotores, constructores y otros especuladores. Bastará que los ciudadanos conectados se enchufen a una red municipal para expresar su opinión. Una solución rápida que mantiene cada uno en su aislamiento y que evita la agrupación de gente

solidaria. Una solución ineficiente, sin embargo, incluso en materia de condicionamiento ideológico, ya que interesa sólo a los aficionados de videojuegos.

El poco éxito, por no decir el fracaso, de la democracia participativa, digitalizada o no, es fácil de explicar. Todo está hecho para que las discusiones no desemboquen en nada concreto, salvo si se trata de cuestiones muy secundarias, cuando no irrisorias. De hecho, en Grenoble, el ayuntamiento sigue iniciando proyectos urbanísticos gigantes bajo el signo de la *smart city* al mismo tiempo que, bajo el pretexto de un enésimo plan de austeridad, decide sin concertación ni debate previo el cierre de bibliotecas y centros administrativos y sociales de proximidad en los barrios populares de la ciudad. En éstos, se acumulan las tensiones con las asociaciones de vecinos, los trabajadores sociales y de la cultura, los maestros y una parte no insignificante de la población. Y se alzan voces denunciando la "dictadura del *power point*" y la "democracia 0" –un juego de palabras con la expresión *Web 2.0* que se refiere al conjunto de las técnicas, funcionalidades y usos que han venido después de la primera forma de la *web*, *www* o *World Wide Web*.

Y, por supuesto, Grenoble no es la única ciudad donde se experimentan nuevos modelos de "democracia digital". La aplicación Vooter, por ejemplo, lanzada en el mercado en 2015, ha sido seleccionada por las autoridades públicas de varias ciudades de Francia y de otros países para involucrar a los habitantes en las decisiones sobre la realización de una infraestructura o de un gran proyecto de urbanismo. "*Vooter es descargable en el teléfono*", anuncia la publicidad de esta *start-up*. "Así, un ayuntamiento puede hacer preguntas a sus administrados y éstos pueden contestar fácilmente con unos pocos clics". Pero, como en Grenoble, esta implicación popular será efectivamente, virtual, salvo para los promotores, los arquitectos y sus clientes. Aunque se presente como un medio para simplificar la vida de los políticos electos y de los habitantes porque supuestamente permitirá prescindir de la organización de reuniones públicas de "concertación", este "enfoque colaborativo en modo digital" resulta ser, antes que nada, un medio para eliminar sutilmente el principio de "proximidad espacial" en el diálogo social, es decir, en realidad, para eludir la confrontación directa y, a veces, conflictiva entre, por una parte, quienes ocupan los cargos electos y los responsables de proyectos, y, por otra, los habitantes opuestos a estos proyectos. Resultado: no sólo queda fuertemente grabada en la mente de la gente la impresión que, en lo que se refiere al futuro de su ciudad, todo está, como siempre, decidido de antemano y sin su consentimiento, sino que, además, para los más politizados, estas innovaciones digitales dirigidas a restaurar la credibilidad de la "democracia participativa" a nivel local y a remediar a la crisis general de la democracia representativa son un testimonio claro del miedo que sienten los gobernantes frente al desinterés público; un desinterés que podría llevar a una explosión social, como ocurre actualmente en Francia con la revuelta de los "chalecos amarillos", es decir, de las clases populares que no sólo ya no confían en los politiqueros para resolver sus problemas sino que desconfían de ellos porque piensan que son quienes los crean.

Sin embargo, lo que atormenta hoy en día a las élites dirigentes de las sociedades capitalistas quizás no sea tanto el riesgo de una explosión popular, sino más bien el temor de una implosión social. En Francia, durante los “treinta gloriosos” (años de prosperidad tras la guerra) y, más aún, después del derrumbe del muro de Berlín, esas élites se alegraban del triunfo generalizado del individualismo consumista, de la desaparición de la solidaridad entre las clases populares y de la disolución de una identidad colectiva de los trabajadores que era reconocible y compartida. En pocas palabras, se alegraban de la despolitización de un pueblo que ya no se consideraba a sí mismo como tal. Pero esto que, hasta hace poco, parecía garantizar el mantenimiento de la “paz social” y la tranquilidad pública, y, con ello, la perennidad de la sociedad capitalista y, por lo tanto, de la ciudad capitalista, resulta ser cada vez más un factor de desestabilización. El repliegue creciente de los individuos sobre ellos mismos y los suyos, la indiferencia de cada uno e, incluso, a menudo, la desconfianza y la hostilidad respecto a los otros parecen el síntoma de una atomización que podría ser muy peligrosa si rebasase ciertos límites. Para ser más exacto, podría tratarse de un proceso que amenace con la desagregación del “cuerpo social” (la “formación social” en lenguaje marxiano), cuando no con su descomposición en todos los sentidos de la palabra: regresión política, intelectual, moral y quizás antropológica. De ahí, sin duda, que surja la esperanza en las NTICs, reforzada por la publicidad y los discursos de los investigadores alineados con ella, como un medio milagroso para hacer renacer el deseo del “vivir juntos” dentro de esa “muchedumbre solitaria” que el sociólogo norteamericano David Riesman ha descrito con tanta perspicacia.

Basta con observar la gente que pasa por la calle o los pasajeros del metro, muchos o casi todos manipulando su *smartphone* o con los auriculares ajustados en los oídos como los adolescentes contemporáneos, para darse cuenta que, incluso en los espacios públicos, permanecen encerrados en su burbuja existencial privada. Este espectáculo ofrece una imagen bastante expresiva de este reino liberal de la separación generalizada que ya denunciaban Guy Debord y los situacionistas. De hecho, la *smart city* acaba hacer desaparecer las relaciones cara a cara, transformando el vivir juntos en un vivir al lado. La comunidad ya no existe en la ciudad, sea ésta “inteligente” o no, sino en el intercambio mercantil. Durante el resto del tiempo, no hay otra cosa que el movimiento browniano de las monadas urbanas. El consumo de masa prevalece más que nunca, pero lo nuevo es que se ha individualizado con la comunicación digital hasta el punto que lo común ha quedado reducido a lo comunicacional y desaparece cuando hay una pérdida de cobertura.

Por eso, en una sociedad en vías de atomización socio-cultural, no se puede contar con el intercambio digital de las llamadas redes sociales para restaurar un lazo social siquiera aparente. A este respecto, no deben depositarse demasiadas ilusiones en el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación como herramienta para las luchas políticas. Aunque resulten eficaces para contrarrestar los canales de difusión oficiales y la propaganda mediá-

tica, o incluso para generar y organizar movilizaciones que han llegado al punto, a veces, de causar el derrocamiento de gobiernos, estas redes se apoyan en lazos débiles que hacen difícil, o incluso imposible, la institucionalización de nuevos valores o de formas político-organizacionales estables. Apoyarse en herramientas digitales para rebelarse contra el orden establecido es tanto más paradójico cuanto que, por una parte, las nuevas tecnologías participan al proceso de aceleración propio del capitalismo, y, por otra parte, porque la ideología de la red –flexibilidad, fluidez, ausencia de relaciones estables– coincide con los principios preconizados en la actual configuración del modo de producción. En otras palabras, sería imprudente creer que, para subvertir el orden digital de la *smart city*, bastaría con recurrir a armas digitales.

Las innovaciones digitales dirigidas a restaurar la credibilidad de la "democracia participativa" son un testimonio claro del miedo que sienten los gobernantes frente al desinterés público; un desinterés que podría llevar a una explosión social

Es conocido el mito de la "destrucción creativa" ideado por dos apologistas del capitalismo: el sociólogo alemán Werner Sombart seguido por el economista austriaco Joseph Schumpeter. Se trata de un proceso basado en la innovación que tiene lugar en una economía de mercado, en el que los nuevos productos destruyen las viejas empresas y modelos de negocio. Según esos autores, las innovaciones de los "emprendedores" son la fuerza que hay detrás de un crecimiento económico sostenido "a largo plazo", aunque, en el camino, puedan destruir el valor de compañías bien establecidas. Estos dos investigadores en ciencias sociales, que son muy representativos de su colectivo, deberían haber incluido también en el proceso las innumerables destrucciones ligadas a las guerras, que han hecho grandes contribuciones a la creación de nuevos productos en las industrias militares y civiles. Ahora se empieza también a descubrir que ese "crecimiento sostenido" hace que la vida en la tierra sea insostenible "a largo plazo", ya que ha destruye el medio ambiente poco a poco, pero y a un ritmo creciente, de tal manera que el modo de producción capitalista más bien parece un modo de destrucción; no destrucción creativa sino puramente destructora de empresas y empleos, "viejos" o no, y de modelos, no solamente de negocios, sino también de vida en común.

A su manera, los partidarios de la *smart city* quieren crear un "hombre nuevo" y quieren hacerlo, no a través de medios políticos, como trataron de hacer los regímenes fascistas y pseudocomunistas, sino con medios científico-técnicos. Pretenden emancipar a los humanos de su condición humana artificializando la vida urbana hasta un extremo que significaría, en realidad, la deshumanización de lo que se denominaba la civilización urbana. Las

fronteras entre investigación, la futurología y la ciencia-ficción se han vuelto porosas. En Silicon Valley y en otros lugares parecidos que se multiplican sobre el planeta, científicos científicistas y fanáticos imaginan que pueden aumentar de forma ilimitada las capacidades físicas, intelectuales y psicológicas del ser humano, y que pueden erradicar la enfermedad, la discapacidad y el envejecimiento. Los más iluminados llegan a creer que podrían superar la muerte descargando el contenido del cerebro humano en un disco duro.

¿Serán las elucubraciones sobre la “humanidad aumentada”, la sustitución del cerebro humano por la inteligencia artificial o el nacimiento y la multiplicación de los *ciborgs* la actualización de las profecías delirantes y los fantasmas de inmortalidad que existen desde tiempos inmemoriales? En parte, sí. Sin embargo, los que las difunden dirigen empresas multinacionales o laboratorios de *high-tech*, participan plenamente en el complejo científico-técnico que está fomentando la *smart city* y se mueven en un entorno ideológico cada vez más favorable, ya que las autoridades científicas y políticas han hecho suyas las preocupaciones de ese complejo.

El repliegue creciente de los individuos sobre ellos mismos y los suyos, la indiferencia de cada uno e, incluso, a menudo, la desconfianza y la hostilidad respecto a los otros parecen el síntoma de una atomización que podría ser muy peligrosa si rebasase ciertos límites

Combinadas con la financiarización, la flexibilización y la transnacionalización, las NTICs, incluyendo la publicidad y la propaganda, son un factor determinante y, al mismo tiempo, determinado de la valorización del valor, es decir, de la acumulación del capital. Y las nuevas modalidades de ésta influyen en la concepción, la organización, el funcionamiento y el uso del espacio urbano, así como en el comportamiento y en la mentalidad del ciudadano ya que, para intentar dominar una realidad que se le escapa, el ser digital recurre cada vez con más frecuencia y más sistemáticamente a nuevas tecnologías, que no son propuestas sino impuestas para un número creciente de actividades. El ser digital cree poseer esas tecnologías, pero en realidad, son ellas las que lo poseen.

Si se realizasen las previsiones de esos ingenieros e investigadores supertitulados y transhumanistas que pasan por ser la vanguardia intelectual del mundo del porvenir, el habitante o, mejor dicho, el “desplazante” de la *smart city* –ya que se pretende que no eche raíces y sea siempre móvil–, cuando culmine, ya no merecerá el calificativo de humano. De hecho, el “humano aumentado” que planean, con el cerebro primero sustentado y luego sustituido por la inteligencia artificial, y con otros órganos remplazados por prótesis de diversos tipos, habrá perdido su capacidad de reflexión propia y su autonomía de decisión. Y con ello,

obviamente, desaparecerá cualquier espíritu crítico. La "ciudad inteligente" corre el riesgo de estar poblada por una mayoría de habitantes enajenados y cosificados por la tecnología, listos para cohabitar sin problemas con los *ciborgs* fabricados en cadena por las empresas innovadoras de los *clusters* tecnológicos.⁷

Antes de terminar, un retorno breve al "hombre estándar" de Le Corbusier. Este hombre robotizado por la mecanización de la ciudad no merecía el calificativo de ciudadano. Pero el "habitante" de la *smart city*, totalmente dependiente de los sistemas informáticos, ya no merecerá ni el calificativo de humano. Finalmente, hará concreto y real el viejo sueño de Saint-Simon, el primer teórico de la sociedad industrial: "la sustitución del gobierno de los hombres por la administración de las cosas", incluyendo –ahora sí– hombres convertidos en cosas.

Los dueños de Silicon Valley alardean de trabajar –o, mejor, de "obrar"– para las "generaciones futuras". Frente a esta pretensión, dos militantes de la corriente neo-luditas contestan: «¿Para qué "generaciones futuras", por favor? Precisamente para generaciones que no serán "generadas", esto es, "engendradas", sino producidas en laboratorios por medio de artificios (cultivo de células, ectogénesis, clonaje, etc.), sin unión carnal, ni padre ni madre. ¿Para qué clase de humanos ansiosos de emanciparse de su condición humana y elevarse a la condición de *ciborg* genéticamente modificados? Podrán ser nuestros sucesores, pero nunca serán nuestros descendientes. No somos de la misma especie y les dejaremos sin pesar los restos de este mundo devastado por sus precursores y siglos de "destrucción creativa". Que, en estos restos, acurrucados en su Madre Máchina, en su tecno-esfera protectora, sobrevivan esos futurianos que aspiran al funcionamiento heterónomo más que a la vida autónoma». ⁸ ¿De hecho, quién lo va a negar? Estamos cada vez más sometidos a fuerzas exteriores como la ley del mercado que, combinada con el avance científico-tecnológico, reducen cada vez más nuestra capacidad de reflexión y nuestra autonomía de decisión.

A modo, no de conclusión sino de cuestión abierta, terminaré con una pregunta formulada por un filósofo francés que, a pesar de ser director de estudios del CNRS, ha sido ignorado porque realmente no era conformista. Este autor escribió en un pequeño libro publicado hace dos años y cuyo título y subtítulo resumen claramente su inquietud por lo que será una humanidad digitalizada: *¿Pensar o clicar? ¿Cómo no volvernos sonámbulos?*. Esta es su pregunta: «¿Por qué hemos abandonado nuestro existir en la profundidad reflexiva y nuestra libertad de disponer de nosotros mismos, de soñar o de criticar, y los hemos cambiado por la fascinación por la innovación técnica y, de forma correlativa, por la inversión, el furor bursátil y el PIB?».⁹

⁷ T. Thomas, *La face cachée des nouvelles technologies*, Éditions Jubarte, 2018.

⁸ Pièce et main d'œuvre, *La vie et les restes*, 12 de mayo de 2018, disponible en: www.piecesetmaindoeuvre.com/spip.php?page=resume&id_article=1040

⁹ M. Blay, *Penser ou cliquer ?* Éditions du CNRS, 2016.